

# Las elecciones generales de 1994: consolidación de la hegemonía de ARENA

Carlos Acevedo

## Resumen

*La hipótesis general que el autor maneja en el presente artículo es que en las elecciones generales recientemente celebradas en El Salvador se ha dado un doble fenómeno paradójico: por un lado, el componente electoral del proceso de institucionalización política iniciado a comienzos de los ochenta ha hecho crisis, arrastrando tanto al sistema de partidos como al sistema político mismo en su globalidad; por otro lado, al interior de ese sistema en crisis, el proyecto político de ARENA ha avanzado considerablemente en sus pretensiones de hegemonizar la conducción del proceso salvadoreño. En este marco de análisis se abordan la descripción fenoménica del contexto en que se desarrolló el evento electoral y los factores más relevantes que habrían incidido en sus resultados.*

Si algo han puesto en claro las llamadas "elecciones del siglo" es que el sistema político-electoral que se ha venido configurando desde comienzos de los ochenta como un componente esencial del proyecto de institucionalización del régimen político que la junta revolucionaria de gobierno iniciara en 1981, y que fuera luego retomado por las gestiones gubernamentales del Partido Demócrata Cristiano (Duarte) y de ARENA (Cristiani), ha llegado a su fase de agotamiento, a despecho de los esfuerzos de la izquierda para reestructurarlo en el marco de los acuerdos de paz y no obstante la incorporación plena de la propia izquierda al mismo, primero a través de la modesta presencia de Convergencia Democrática en los procesos

electorales de 1989 y 1991 y luego por medio de la participación del FMLN, constituido ya en partido político, en las elecciones generales del 20 de marzo y del 24 de abril recién pasados.

Tal situación no deja de resultar paradójica, habida cuenta de la postura histórica de la izquierda salvadoreña ante la cuestión electoral, y de las expectativas que generara la incorporación del FMLN a la palestra electoral tras más de una década de conflicto bélico. La paradoja estriba en el hecho de que, justo en el momento en que el escenario de la confrontación se había trasladado del terreno militar al político, cuando la vía electoral parecía haber ganado el consenso de todo el es-

## No sería descabellado afirmar... que un buen porcentaje del electorado... no percibe las elecciones como un mecanismo de intermediación eficaz.

pectro político como única mediación aceptable para dirimir la cuestión del poder, y la izquierda decidiera incorporarse plenamente al sistema de partidos, pareciera que el sistema político-electoral no pudiera ya dar más de sí en orden a la instauración de una democracia efectiva en el país.

La contundente victoria lograda por ARENA en las elecciones generales del 20 de marzo, ratificada por la segunda ronda de elecciones presidenciales del 24 de abril; aunada al elevado índice de ausentismo registrado en ambas rondas de votación, constituye un doble fenómeno a primera vista también paradójico, que en una de sus caras representa la consolidación de ARENA como primera fuerza política del país, pero que, por otro lado, plantea serios interrogantes sobre la potencialidad del actual sistema de partidos —ARENA incluido— como instrumento para la democratización del país. Para la izquierda, en particular, tal situación cuestiona su capacidad para estructurar en el mediano plazo un proyecto político alternativo que goce de una base de consenso nacional.

A la vista de los resultados de las “elecciones del siglo”, cabe al menos preguntarse si el proyecto revolucionario que la izquierda salvadoreña empezó a fraguar desde los setenta, y que trató de impulsar a lo largo de más de una década de abierta confrontación militar, no ha sido, a fin de cuentas, asimilado al *establishment* político, y si el programa de cambios estructurales que dieron contenido al ideario de la izquierda a lo largo del conflicto no se ha diluido de hecho en una plataforma programática más cercana en su lógica a la propia propuesta de ARENA que a las exigencias de reconstituir las bases económicas de la sociedad salvadoreña en función de los intereses de las mayorías populares.

Las elecciones del 20 de marzo y del 24 de abril, desde luego, constituyen tan sólo un elemento de respuesta a tales interrogantes; un elemento, además, cuya exacta dimensión política debe valorarse a la luz de lo que ha sido el proceso de negociaciones que culminó en los acuerdos de paz, y

de lo que vaya a ser el curso subsiguiente del proceso político en el corto y mediano plazo. En tal sentido, sería prematuro aventurar cualquier tipo de pronóstico cerrado sobre las tendencias políticas que se derivarían de dicho evento.

Por otra parte, sin embargo, consideramos que la coyuntura electoral ofrece suficientes elementos de juicio para evaluar hasta qué punto los dinámicos del proceso político se estarían distanciando de los parámetros de la “transición democrática” definidos en los acuerdos de paz y, más aún, hasta qué punto el proceso mismo de transición en que se encuentra embarcado el país estaría conduciendo efectivamente hacia un ordenamiento más democrático de la sociedad salvadoreña. En este orden de consideraciones, el presente artículo aspira a formular algunos elementos de análisis y reflexión sobre el significado político de la reciente coyuntura electoral de cara a las posibilidades de esa “transición democrática”.

### Elecciones en “post-guerra”: ¿elecciones “históricas”?

Fenoménicamente, dos serían quizá los rasgos más llamativos que han caracterizado la coyuntura electoral última: (a) se ha tratado de las primeras elecciones “en paz” tras seis eventos electorales (1982, 1984, 1985, 1988, 1989, 1991) realizados en un contexto de abierto conflicto bélico y (b) en ellas ha acontecido por fin la esperada incorporación del FMLN al sistema político-electoral, tras más de una década de rechazo de las elecciones por parte de las organizaciones político-militares del Frente, que justificaban tal rechazo a partir del carácter contrainsurgente que la vía electoral habría revestido a lo largo de los ochenta.

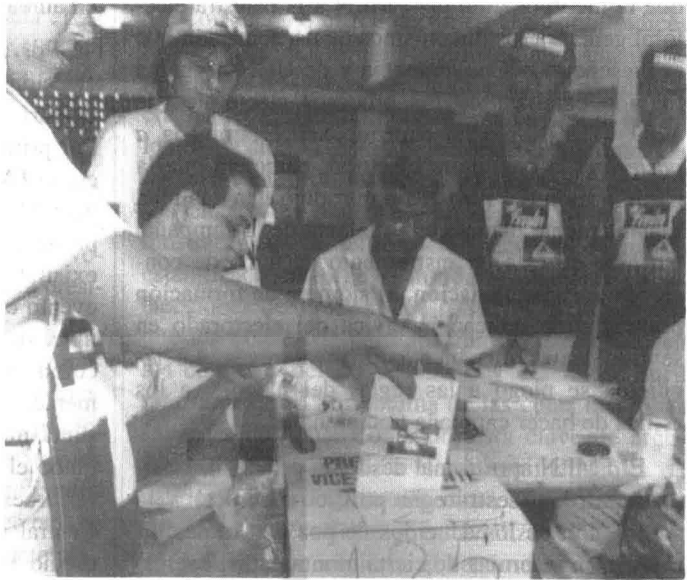
La conjunción de ambos factores (elecciones “en paz” con participación del FMLN) había inspirado expectativas sobre el carácter presuntamente “histórico” del evento electoral, no sólo en virtud de la cualidad distinta que la sola presencia del FMLN introduciría en la dinámica del evento sino, sobre todo, en virtud del impulso que dicha pre-

sencia podía imprimir a la profundización y consolidación de los acuerdos de paz y a la configuración de un nuevo proyecto socio-económico para El Salvador.

En la línea de lo que será el hilo conductor de nuestra argumentación a lo largo de estas reflexiones, consideramos que ni el hecho de que las elecciones se hayan realizado en el marco de la fase de "post-guerra" inaugurada por los acuerdos de paz, ni la presencia del FMLN en la palestra electoral han constituido factualmente condiciones suficientes para caracterizar como "histórico" dicho evento electoral.

Por lo que respecta al primer factor, cabe apuntar que, si bien se ha tratado de las primeras elecciones "en paz" en casi dos décadas, en el sentido de haber sido realizadas en un contexto de "post-guerra", por otro lado, la coyuntura electoral no estuvo exenta, sobre todo en los meses inmediatamente previos a la apertura formal de la campaña, de cierta violencia política de índole represiva e intimidatoria, marcada incluso por el accionar de los escuadrones de la muerte (los asesinatos de Mario López y del ex comandante "Carmelo", el atentado intencionalmente dirigido contra Nidia Díaz, etc.). La negligencia de hecho y el discurso político con que el gobierno reaccionó ante esa renovada ola de violencia escuadronera no sólo motivó acusaciones razonables sobre la aparente connivencia gubernamental —al menos por omisión— con las organizaciones paramilitares clandestinas de la derecha, sino que también puso en tela de juicio una vez más la efectividad de los acuerdos de paz en materia de depuración de la Fuerza Armada, no obstante el menor perfil que la institución castrense intentó mantener en comparación con lo que siempre fue su omnipresencia intimidante en la historia electoral de El Salvador.

Tampoco el segundo factor apuntado —la presencia del FMLN— garantizó que las elecciones fueran "históricas". Ciertamente, ha sido "histórico" el que la izquierda revolucionaria armada, después de casi dos décadas de movilización político-



militar y más de una década de abierta confrontación bélica, haya decidido finalmente incorporarse al ámbito de lo que por muchos años y todavía hasta tiempos recientes consideró la "legalidad burguesa". Esa incorporación, cuya cabeza de playa la constituyó el regreso del exilio de los partidos del Frente Democrático Revolucionario (FDR) a finales de 1987, dio un salto cualitativo —modesto pero decisivo— con la participación de Convergencia Democrática —integrada a partir de la coalición del Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC) y del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), miembros del FDR, con el Partido Social Demócrata (PSD)— en las elecciones presidenciales de 1989 y en las legislativas de 1991. En éstas últimas, además de Convergencia, decidió también participar la Unión Democrática Nacionalista (UDN), considerada históricamente como fachada legal del Partido Comunista. En tal sentido, la transformación formal del FMLN en partido político constituyó la culminación de un proceso gradual —si bien relativamente rápido— de incorporación de la izquierda no sólo al sistema político en sentido genérico, sino incluso al sistema mismo de partidos.

En ese contexto, aunque la izquierda no armada contaba ya con una incipiente experiencia en materia de contiendas electorales, era esperable



que la incorporación del FMLN a la palestra electoral generara los dinamismos de participación que la presencia de Convergencia y de UDN no había logrado catalizar en los procesos electorales de 1989 y 1991. No ha ocurrido así. Examinada *a posteriori* la coyuntura electoral, pareciera que la participación del FMLN no introdujo una cualidad sensiblemente distinta en el talante de la campaña. No hizo de ésta un instrumento de toma de conciencia, de desalienación, ni siquiera de formación política o de educación cívica del electorado en sentido laxo. Más bien ocurrió al revés. La izquierda se plegó a las reglas del juego y a los estilos de hacer campaña tradicionales.

El FMLN apostó mal desde un principio, cuando amarró su estrategia político-electoral a la suscripción de los acuerdos de paz, los cuales introdujeron reformas de cierta monta en la superestructura jurídico-constitucional y político-electoral del país, pero dejaron en el aire la definición de los parámetros de la transición en el orden económico y social. El FMLN pensó que no le sería difícil hacerse del poder del Estado en unas elecciones generales en las cuales las reglas del juego habrían sido cribadas por el tamiz de los acuerdos y que, desde la legitimidad que le daría su acceso al poder por la vía electoral, podría emprender ulteriormente la tarea de reconstituir los fundamentos socio-económicos de la sociedad salvadoreña.

La ocasión era ciertamente propicia, tomando en consideración que estaba en juego simultáneamente el recambio del ejecutivo, de la asamblea legislativa —con facultades de constituyente— y de la red de poderes municipales, una conjunción que, de acuerdo a los cronogramas estipulados en la legislación electoral, sólo es posible cada quince años. Adicionalmente, también estaba sobre el tapete del reacomodo institucional la elección de una nueva Corte Suprema de Justicia. En resumidas cuentas, se estaba jugando el poder del Estado salvadoreño en todos sus niveles.

### **Un voto mayoritario a favor del abstencionismo**

Aun cuando las encuestas del Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) de la UCA permitían anticiparlo, no ha dejado de ser sorpresivo el elevado índice de ausentismo registrado

en ambas votaciones (20 de marzo y 24 de abril).

Por primera vez en casi dos décadas habría elecciones supuestamente libres, en las cuales participarían todas las fuerzas del espectro político. Por primera vez desde el inicio del conflicto bélico, el FMLN había aceptado medir fuerzas con la derecha en el terreno arduo de las elecciones. Por primera vez desde la firma de los acuerdos de paz existía la posibilidad de recambiar en un sólo evento electoral el poder entero del Estado tanto a nivel de los órganos fundamentales del gobierno como de la red de poderes locales. Adicionalmente, se había trabajado tesoneramente en la presunta modernización del sistema electoral (depurando el padrón, reformando la legislación electoral, reestructurando el desprestigiado Consejo Central de Elecciones en un nuevo Tribunal Supremo Electoral, etc.), todo ello bajo el ojo vigilante de ONUSAL. Se había lanzado también una millonaria campaña, por parte del Tribunal Supremo Electoral y de las principales fuerzas contendientes, exhortando a la población a concurrir a votar.

Por otra parte, lo que estaba en juego, en teoría, no era algo nimio: la posibilidad de, o bien avalar la gestión neoliberal impulsada por el gobierno de Cristiani, otorgándole a ARENA cinco años más de mandato gubernamental, o bien permitir que el proyecto político que la izquierda había impulsado a lo largo de casi dos décadas de movilización político-militar y más de una década de lucha armada, accediera al poder del Estado por la vía constitucional de las elecciones. Jamás en la historia electoral de El Salvador se habían dado simultáneamente tantas condiciones para hacer de un evento electoral una votación verdaderamente masiva. Sin embargo, no ocurrió así.

De acuerdo a los datos oficiales del Tribunal Supremo Electoral, las elecciones del 20 de marzo arrojaron 1,326,836 votos válidos (sobre un total de 1,431,035 votos emitidos) en las votaciones para presidente y vicepresidente de la república; 1,345,277 votos válidos en las votaciones para la asamblea legislativa (sobre un total de 1,453,299 votos emitidos) y 1,345,454 votos válidos en las votaciones para concejos municipales (sobre un total de 1,450,434 votos emitidos). En la segunda

ronda de elecciones presidenciales realizada el 24 de abril, las votaciones habrían arrojado 1,197,244 votos válidos, sobre un total de 1,246,220 votos emitidos.

Salta a la vista que, contrariamente a lo que ha solido ser la experiencia electoral de El Salvador, las elecciones para la asamblea legislativa y los concejos municipales recogieron un caudal de votos levemente mayor que las elecciones para presidente y vicepresidente.

Sin embargo, el dato más llamativo, con mucho, es el del "ausentismo", una categoría complejamente diferenciada que, a nuestro juicio, abarcaría los siguientes tipos de electores: (a) los electores que, o bien nunca se sintieron motivados a empadronarse y, u obtener el carné electoral, o bien estaban registrados en el padrón electoral y disponían del carné, pero decidieron no concurrir a las urnas (abstencionismo pasivo o ausentismo propiamente tal); (b) los electores que, estando empadronados y disponiendo del carné, concurren a las urnas, pero se abstuvieron, en sentido estricto, de votar (abstencionismo activo); (c) los electores potenciales que tenían la disposición a votar, pero que se vieron impedidos de ejercer su derecho al sufragio debido a las dificultades administrativas y, o logísticas impuestas por el Tribunal Supremo Electoral (abstencionismo forzado). Entre este grupo estarían incluidas aquellas personas que, o bien nunca pudieron empadronarse; o bien, estando empadronadas, no lograron obtener el carné electoral; o bien, habiendo sido empadronadas y estando en posesión del carné, acudieron a votar, pero se vieron imposibilitadas de hacerlo por no encontrarse sus nombres en los listados.

Si se considera que, de acuerdo a los datos del Tribunal Supremo Electoral, el padrón electoral tendría registrados unos 2.7 millones de electores, de los cuales 2,350,000 disponían del carné electoral el 20 de marzo, los porcentajes de votación oscilarían en torno al 50 por ciento, si se considera el total de votos válidos como porcentaje de los 2.7 millones de electores registrados en el padrón; y al 57 por ciento, si el cálculo se efectúa a partir de la proporción de votos válidos sobre los poco más de 2.3 millones de electores carnetizados.

Considerado el fenómeno en sí mismo, índices tales de ausentismo no constituyen algo inusitado, ni a la luz de la experiencia de numerosas "democracias representativas" occidentales ni a la luz de lo que ha sido la historia electoral salvadoreña. Un balance rápido de los votos válidos en los procesos electorales realizados en el país desde 1982 mostraría que la participación electoral se habría estabilizado en torno al millón de votantes en las elecciones de 1985, 1988, 1989 y 1991, de modo que los niveles de participación del electorado en los comicios del 20 de marzo y del 24 de abril estarían incluso por encima de las cotas históricas recientes del país. Con todo, esta clave de argumentación, que encierra elementos indudables de validez, puede resultar especiosa si por medio de ella se intenta soslayar y, o trivializar el significado político que encierra el fenómeno del ausentismo.

En primer lugar, cabe resaltar, en la línea de lo apuntado más arriba, que la conjunción inusitada de circunstancias que convergieron en la coyuntura electoral recién pasada ofrecía condiciones nunca vistas en El Salvador para propiciar una votación masiva. No es en modo alguno extraño que en un país como Estados Unidos o en cualquier otra democracia representativa articulada en torno a un sistema bipartidista relativamente homogéneo y simétrico, los niveles de abstencionismo electoral sobrepasen usualmente el 50 por ciento. Más allá de sus discrepancias en ciertos tópicos que pueden tener su importancia relativa, pero que no tocan el fondo del sistema social y político, los programas de gobierno que republicanos y demócratas someten al escrutinio periódico del electorado norteamericano son perfectamente coincidentes en su estructura fundamental. Nadie en su sano juicio sospecharía que el destino del sistema político y social de Estados Unidos pudiera jugarse en una elección en la que dichos partidos son los dos principales contendientes. No debiera haber sido ésta la situación, sin embargo, en las pasadas elecciones del 20 de marzo y del 24 de abril en El Salvador, en las cuales, al menos en teoría, estaban en juego dos proyectos contrapuestos de nación, aunque factualmente la dinámica del proceso político pareciera estarlos acercando uno al otro.

Análogas consideraciones cabe formular respecto de la otra parte del argumento: la historia electoral reciente de El Salvador ha mostrado invariablemente altos índices relativos de ausentismo. Es cierto, ha sido así; pero las condiciones esta vez parecían distintas. En ninguno de los procesos electorales celebrados en El Salvador desde las elecciones para la asamblea constituyente de 1982, se habían sometido a la consideración del electorado opciones realmente distintas entre sí. En cambio, parecía que esta vez el electorado tendría la oportunidad de elegir entre plataformas programáticas no sólo distintas, sino incluso antagónicas. Si, de hecho, las elecciones recién pasadas no han conseguido atraer el interés y la participación de la mayor parte del electorado, entonces el nivel de ausentismo registrado constituye un fenómeno que no puede desdenarse a la ligera.

La polaridad entre un sector "votante" del electorado (los 1.3-1.4 millones de electores que ejercieron el sufragio el 20 de marzo) y un sector "ausente" o electoralmente "apático" (una cifra que andaría en ese mismo rango —1.3 y 1.4 millones— si se acepta la cifra oficial de 2.7 millones de salvadoreños empadronados) constituiría así la polaridad fundamental sobre la que se levanta el sistema electoral del país, más allá de la polarización secundaria que se habría dado, al interior del bloque "votante", entre quienes votaron por ARENA y quienes lo hicieron por la Coalición de izquierda. Tendríamos, pues, un doble nivel de polaridad: (a) el polo "votante" y el polo "no-votante" del electorado; y (b) al interior del polo votante, una polarización entre los votos duros de la derecha y los votos duros de la izquierda.

Antes de abordar el análisis de la distribución de los votos válidos entre los polos principales de la contienda electoral (ARENA y la Coalición de izquierda), quisiéramos aventurar un par de consideraciones sobre ese fenómeno que, a nuestro juicio, constituye la polaridad fundamental del electorado salvadoreño.

Dada la compleja diversidad de electores que esa magna categoría del "ausentismo" abarca, pareciera imponerse una cuantificación de los diversos tipos que la integran, debido a que el significado político que se encierra tras dicho fenómeno dependerá de si los electores "no-votantes" asumieron una positiva actitud de desinterés, apatía o incluso rechazo ante el evento electoral (abstencionismo activo y pasivo) o más bien fueron excluidos del proceso (abstencionismo forzado).

Las críticas formuladas contra el Tribunal Supremo Electoral por diversos sectores sociales y políticos del país (incluidos el propio presidente electo, Dr. Calderón Sol, e instancias tales como ONUSAL, cuya posición ha sido en conjunto bastante benigna frente a los desatinos administrativos y legales del Tribunal Supremo Electoral) apuntan claramente en esta última dirección. La izquierda, en particular, denunció con insistencia una deliberada voluntad del Tribunal Supremo Electoral, proclive a ARENA, para entorpecer la masividad de las votaciones, sobre el supuesto de que mientras más multitudinarias fueran éstas, las probabilidades de ganar del partido oficial en la primera vuelta serían más reducidas.

La verdad es que había algunos precedentes para fundamentar tales acusaciones. Ya con ocasión de las elecciones legislativas de 1991, la Organización de Estados Americanos (OEA) achacó a la negligencia del entonces Consejo Central de Elecciones la responsabilidad por no haber dotado oportunamente del carné electoral a casi 400 mil ciudadanos de los 2.58 millones que para aquel entonces estaban registrados ya en el padrón electoral. En la misma coyuntura, la izquierda denunció que entre un 25 y un 30 por ciento de electores tenía la disposición a votar, pero no pudo materializarla debido a los obstáculos interpuestos por el Consejo Central de Elecciones. Similares acusaciones volvieron a aflorar con ocasión de las elecciones del 20 de marzo recién pasado.

**La derecha, que en más de diez años de conflicto armado no pudo derrotar al FMLN en el terreno militar... ha terminado haciéndolo cómodamente en el campo de batalla ideológico.**



Las graves deficiencias del Tribunal Supremo Electoral en lo tocante a la administración del proceso electoral, desde la fase de empadronamiento hasta el montaje logístico de las votaciones, han sido ampliamente señaladas. No insistiremos en ello. Por lo que toca a la cuestión del "ausentismo", sin embargo, nos parece pertinente subrayar el escaso avance que en materia de empadronamiento y carnetización se ha dado desde las pasadas elecciones legislativas, en marzo de 1991, cuando el padrón electoral registraba ya 2,581,869 ciudadanos inscritos, de los cuales 2,180,000 estaban carnetizados.

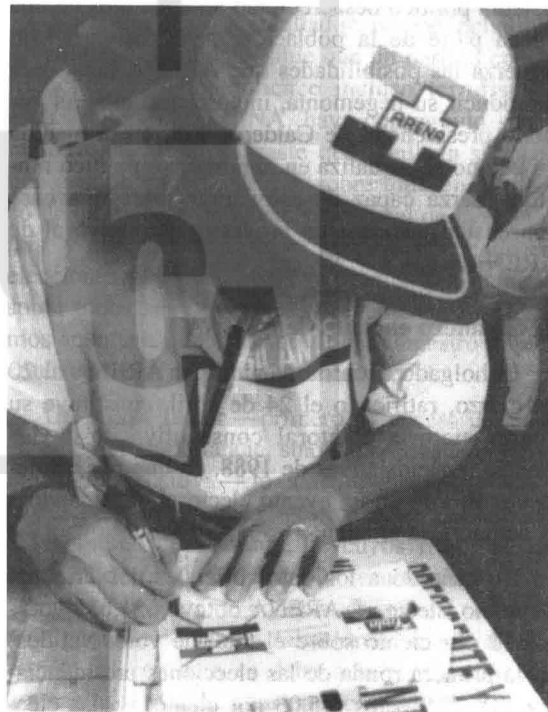
De acuerdo a datos del segundo informe de la división electoral de ONUSAL, al cerrarse el padrón electoral el 19 de enero del presente año, había un total de 2,653,871 inscripciones, de las cuales 2,171,805 correspondían a carnés entregados desde años anteriores y 482,066 a fichas emitidas susceptibles de convertirse en carnés. En esa misma fecha, el número de carnés electorales entregados equivalía aproximadamente al 80 por ciento de los salvadoreños en edad de votar. ONUSAL estimaba en 2,350,000 el número de salvadoreños que podrían estar en posesión del carné electoral a tiempo para poder ejercer el sufragio el 20 de marzo.

De acuerdo a tales cifras, resultaría que, entre marzo de 1991 y enero de 1994, esto es, en un lapso de casi tres años, el máximo organismo electoral (primero el Consejo Central de Elecciones, luego el Tribunal Supremo Electoral) habría añadido a los registros del padrón electoral a poco más de 70,000 ciudadanos; mientras que el número de ciudadanos carnetizados entre marzo de 1991 y marzo de 1994 apenas se habría incrementado en 170 mil electores, pese a que, por otra parte, el número de nuevas inscripciones habría alcanzado 469,098 solicitudes tan sólo entre el 1 de julio y el 19 de noviembre de 1993. Todos estos datos hablan por sí solos sobre la escasa diligencia con la cual el Tribunal Supremo Electoral habría asumido sus responsabilidades legales en materia de empadronamiento y carnetización, no obstante la millonaria campaña publicitaria montada por él mismo para exhortar a la población a votar.

Si se asume que esa diferencia de entre 300 y

400 mil salvadoreños que estaban empadronados, pero no carnetizados, tenía la disposición de votar el 20 de marzo, pero no pudo hacerlo por carecer del carné, entonces el Tribunal Supremo Electoral sería *eo ipso* responsable de una buena parte del ausentismo registrado. Más problemático resulta cuantificar la cifra de electores que disponían del carné electoral y que, de hecho, concurrieron a las urnas, pero que no pudieron ejercer el sufragio, debido a que sus nombres no aparecían en los listados o simplemente a que se sintieron desmotivados para insistir en votar al enfrentar otro tipo de dificultades derivadas de la mala planificación logística del evento por parte del Tribunal Supremo Electoral (aglomeraciones en los centros de votación, falta de orientación adecuada, etc.).

Como quiera que sea, aun tomando en cuenta todas las anomalías señaladas, todavía restaría explicar por qué un alto número de electores, que podría cifrarse conservadoramente en el medio millón de votantes potenciales, no se sintió motivado a emitir el sufragio. A nuestro juicio, no es posible ofrecer una explicación medianamente satisfactoria de este componente de "abstencionismo pasi-



vo" o "ausentismo" propiamente tal si no se toma en cuenta lo que, en una primera caracterización subjetivista del fenómeno, podría adjetivarse como el "descrédito" sufrido por el sistema político-electoral en la percepción de una buena parte del electorado, tal como lo vienen mostrando desde hace bastante tiempo los sondeos de opinión pública realizados por el IUDOP. No sería descabellado afirmar a este respecto que un buen porcentaje del electorado potencial, quizá la mayoría, no percibe las elecciones como un mecanismo de intermediación eficaz para canalizar ante la esfera del poder político las demandas de la sociedad civil en favor de una democracia social y económica efectiva.

Volveremos sobre ello más adelante, en conexión con el análisis de los factores principales que, a nuestro juicio, explicarían la derrota del FMLN. De momento, quisiéramos apuntar que el descrédito del sistema partidario-electoral —componente del fenómeno al cual hemos aludido más arriba como la "fase de agotamiento" del sistema político implementado en el país desde comienzos de los ochenta— relativiza por una parte el triunfo de ARENA, en tanto logrado en el marco de un sistema político desacreditado ante los ojos de una buena parte de la población; pero por otro lado refuerza las posibilidades que ARENA tiene para reproducir su hegemonía, incluso más allá del período presidencial de Calderón Sol, en la medida en que no se visualiza en el horizonte político ninguna fuerza capaz de estructurar sobre una base consensual nacional un proyecto alternativo al de ARENA.

### **El duradero encanto de ARENA**

El holgado triunfo obtenido por ARENA el 20 de marzo, ratificado el 24 de abril, constituye su cuarta victoria electoral consecutiva desde las elecciones legislativas de 1988, en que por primera vez triunfó en un evento electoral, derrotando a la democracia cristiana.

De acuerdo a los datos oficiales del Tribunal Supremo Electoral, ARENA obtuvo 651,632 votos (49.11 por ciento sobre el total de votos válidos) en la primera ronda de las elecciones presidenciales, 605,775 votos (45.03 por ciento) en las elec-

ciones para la asamblea legislativa y 598,391 votos (44.48 por ciento) en las elecciones para los concejos municipales. En la segunda ronda de elecciones presidenciales, celebrada el 24 de abril, incrementó su caudal electoral a 818,264 votos, esto es, casi 170 mil votos más que los obtenidos en la primera vuelta.

Se trata de un triunfo homogéneamente contundente en los tres niveles de las elecciones generales, si bien un análisis más minucioso y diferenciado posiblemente mostraría la necesidad de introducir matices en cuanto al significado político del triunfo en cada uno de esos tres niveles. A pesar de haber sido en las elecciones municipales donde ARENA obtuvo su porcentaje menor de votos, fue a este nivel donde su victoria se tradujo en incrementos más notorios en términos de cuotas de poder, al ganar 206 municipalidades, incluidas todas las cabeceras departamentales con la sola excepción de La Unión (en las anteriores elecciones municipales, en 1991, ARENA ganó 165 alcaldías, incluidas las de once cabeceras departamentales), frente a 30 alcaldías de la democracia cristiana, 16 del FMLN (y, o de la Coalición del Frente con Convergencia y el MNR), 9 del Partido de Conciliación Nacional y una del Movimiento Auténtico Cristiano. Por otra parte, sin embargo, es a este nivel donde las irregularidades y anomalías ocurridas a lo largo del proceso electoral podrían haber tenido mayores repercusiones en los resultados de la votación, habida cuenta de que en muchos municipios la asignación de las respectivas alcaldías se decidió por márgenes muy estrechos de votación, incluso del orden de las decenas.

A nivel legislativo, ARENA obtuvo 39 escaños, el mismo número que consiguió en las elecciones legislativas de 1991. No es un resultado desdeñable, tomando en cuenta que ARENA ha tenido mayoría en la asamblea desde 1988 y que, por lo tanto, pudiera haber sido previsible un cierto margen de desgaste. Sumados esos diputados a los cuatro obtenidos por el Partido de Conciliación Nacional, la derecha sigue detentando la mayoría simple suficiente para imponer su posición en todos los proyectos legislativos que no requieran de la mayoría calificada.

El triunfo fue todavía más claro a nivel del eje-



## El FMLN perdió la batalla electoral porque no supo ganar la guerra ideológica.

cutivo, aun cuando ARENA no consiguiera superar la pequeña brecha del 0.89 por ciento de votos válidos que le impidió a Calderón Sol triunfar en la primera ronda. No carece de todo fundamento la valoración de ARENA según la cual no fue el desempeño del FMLN lo que la privó de la victoria en la primera vuelta, sino la disposición de la ley electoral que le exigía obtener al menos la mitad más uno de los votos para triunfar.

Desde el punto de vista de la teoría política, el recurso a una segunda ronda electoral ha sido pensado como un mecanismo para dirimir la asignación del ejecutivo en aquellos sistemas multipartidistas en los que, dada una relativamente alta dispersión de votos entre los contendientes originales, la ventaja del puntero no resulta ser lo suficientemente holgada como para garantizar que cuenta con el apoyo mayoritario del electorado. En tales circunstancias, una segunda ronda tiene sentido. No ha sido ése el caso, sin embargo, de la primera vuelta el 20 de marzo, cuando ARENA obtuvo virtualmente el doble de votos que la Coalición de izquierda, su más cercano contendiente.

Insistir en la realización de la segunda ronda sólo habría tenido sentido si se hubiesen dado al menos dos condiciones: (a) si las irregularidades y anomalías que prevalecieron en la primera ronda hubieran alcanzado tal magnitud que hubiesen alterado significativamente los resultados de las votaciones y (b) si hubiese habido perspectivas realistas de corregir esas irregularidades en la segunda ronda, de modo que esta vez los resultados de la votación reflejaran adecuadamente la voluntad mayoritaria del electorado.

En rigor, ninguna de ambas condiciones se dio factualmente. Ni las anomalías del 20 de marzo fueron tan abultadas como para poder explicar el amplio margen de ventaja de ARENA sobre la Coalición, por más que pudieran haber afectado la distribución de alcaldías y escaños legislativos; ni las mismas fueron suficientemente corregidas el 24 de abril como para garantizar la transparencia buscada en la segunda ronda. En tales circunstancias, la segunda ronda sirvió únicamente para en-

grosar aún más las arcas de los medios publicitarios, atiborrar al país con cuatro semanas más de propaganda y, a la postre, legitimar el triunfo obtenido por ARENA en la primera vuelta con una victoria aún más contundente sobre la Coalición.

Al insistir en la segunda ronda, encandilada por el espejismo de decantar a su favor los apoyos reales de la población en un contexto mejor organizado y vigilado, la izquierda cometió otro grave error de cálculo. Si algún decantamiento hubo de parte de esa *terra incognita* electoral que ambas fuerzas pretendían conquistar, el mismo ocurrió claramente a favor de ARENA. La Coalición incrementó su caudal de votos en poco más de 47 mil, frente a un incremento de más de 166 mil para ARENA, esto es, una proporción de más de 3.5 a uno a favor del partido oficial. La derecha, que a todo lo largo de los ochenta quiso siempre manipular las elecciones como un instrumento de deslegitimación del FMLN, no pudo haber montado un escenario más propicio para materializar sus propósitos.

A la vista de tales resultados, parece ineludible preguntarse cómo es posible que un partido con la tradición antidemocrática e incluso terrorista y escuadroneira de ARENA, haya conseguido superar airoosamente el desgaste que conlleva siempre una gestión gubernamental, sobre todo en el marco de un proceso de ajuste estructural de la economía, y que además lo haya logrado venciendo en elecciones generales con una ventaja tan holgada sobre todos sus oponentes. Brevemente, quisiéramos apuntar algunos factores que, a nuestro juicio, contribuirían a explicar tal fenómeno.

Un primer factor —primero no necesariamente en orden de importancia, sino simplemente por comodidad expositiva— lo constituye, irónicamente, la relativamente “buena” gestión macroeconómica del gobierno de Cristiani, de cuyos frutos se ha beneficiado Calderón Sol. No resulta claro hasta qué punto la aparente bonanza de que ha empezado a gozar la economía salvadoreña tras la finalización del conflicto se deba a la repatriación de los capitales que la gran empresa privada sacó a

comienzos de los ochenta, al flujo de nuevos capitales amasados a partir del narcotráfico y del lavado de dólares, a las remesas de los salvadoreños residentes en el exterior, particularmente en Estados Unidos, a las políticas económicas implementadas en el marco del proceso de estabilización y ajuste de la economía emprendido bajo la gestión de Cristiani, o a una combinación de todos esos elementos.

Tampoco queda claro hasta qué punto tal bonanza, cuya manifestación más llamativa la constituye el sorprendente crecimiento del sector servicios, constituye un fenómeno pasajero o realmente representa el inicio de un proceso de recuperación de la economía sostenible al menos en el mediano plazo. Eventualmente habrá que estudiar a fondo este complejo fenómeno y dilucidar su viabilidad a futuro. Como quiera que sea, pocas dudas caben de que tal situación habría influido electoralmente a favor de ARENA, no obstante los costos sociales del ajuste y no obstante el escaso éxito obtenido por la gestión de Cristiani en rubros tan importantes de la política macroeconómica como la estabilidad de la balanza de pagos y la reducción de la brecha fiscal.

Un segundo factor lo constituyó la millonaria campaña propagandística montada por ARENA, que no perdió ocasión para explotar a su favor el capital político aportado por los acuerdos de paz (manejo publicitario de eventos como el Foro Cultura de Paz, la inauguración del monumento a la paz, etc.) e incluso para propagandizar otro tipo de eventos como los Quintos Juegos Centroamericanos, o la inauguración de obras menores de infraestructura, como el paso a dos niveles sobre la intersección de la Autopista Sur con la 49 Avenida, etc. Tomando en cuenta que la campaña electoral se libró fundamentalmente en el terreno publicitario, un terreno en el cual la estrategia de ARENA fue superior a la de la Coalición de izquierda tanto en recursos materiales como en factura técnica, no es de extrañarse de los resultados. La derecha, que en más de diez años de conflicto armado no pudo derrotar al FMLN en el terreno militar, donde éste enfrentaba mayores desventajas, ha terminado haciéndolo cómodamente en el campo de batalla ideológico, en el cual la izquierda parecía contar a

su favor con los dinamismos estructurales del proceso. Volveremos sobre este punto más adelante, cuando abordemos los factores explicativos del fracaso electoral de la Coalición.

Tampoco habría que descartar la evolución misma de ARENA hacia la moderación que, sin perder sustancialmente el voto duro de sus militantes y simpatizantes más fanatizados, ha logrado ampliar sensiblemente el círculo de sus electores, alcanzando el 20 de marzo y el 24 de abril su cota más alta de votos en toda su historia como partido. Ciertamente, todavía subsisten dudas razonables sobre la "sinceridad" de la conversión de ARENA en un partido democrático, a la vista de la facilidad con la que vuelven a aflorar su anticomunismo visceral y su prepotencia escuadroneira, como ocurrió la noche del 24 de abril, al calor de las libaciones y de la euforia por el triunfo pero, por otro lado, no deben desdeñarse las presiones estructurales del proceso político para forzar a ARENA a asumir posturas más democráticas, no sólo en su imagen y su discurso, sino también en sus prácticas políticas.

Un cuarto factor explicativo del triunfo de ARENA lo constituye la inclinación mayoritaria del electorado salvadoreño hacia las opciones de derecha. La apelación a este factor no incurre en modo alguno en una petición de principio. Tampoco intenta insinuar que el electorado se haya "equivocado". Simplemente alude a un fenómeno objetivo de tradición autoritaria, paternalismo político y retraso cultural. La fenomenología de la alienación suele ser perversiva y sutil. Aunada esta situación a la ausencia de una plataforma política alternativa coherente y viable por parte de la izquierda, es totalmente comprensible que más de 650 mil electores hayan votado por ARENA el 20 de marzo y que más de 800 mil reincidieran el 24 de abril, pese a la exhortación de Monseñor Rivera a "votar con la cabeza, no con el estómago".

En relación a este punto, convendría no perder de vista que, aunque toda democracia legítima requiere del consenso de las mayorías, no todo consenso mayoritario es necesariamente democrático o constituye condición suficiente para la democracia, sobre todo en países con elevados índices de analfabetismo, enraizadas prácticas de autorita-

rismo y una conciencia colectiva permeada por la ideología de la dominación. Si acaso la apelación a la experiencia salvadoreña hiriera susceptibilidades, es posible recordar otros ejemplos dramáticos de la historia, como la caída de la república de Weimar y el ascenso del nazismo con el apoyo mayoritario del pueblo alemán.

### El increíble y triste desempeño electoral de la Coalición

“[Apostamos] a que somos mayoría. Tenemos una fe absoluta en el pueblo. Los diez años de guerra nos han dado un enorme prestigio entre las masas. Y éstas saben que nosotros sí seríamos capaces de hacer un cambio en el país, no demagogia, sino un cambio real”... “No nos queda la más mínima duda que, bajo las condiciones planteadas por nosotros... logramos ganar las elecciones porque somos, de hecho, la fuerza mayoritaria en el país”... “Nosotros no dudamos que si se realiza una contienda electoral limpia, las masas buscarán votar por quien represente un cambio a esta crítica situación y el ideal de cambio no puede representarlo ARENA sino, indiscutiblemente, las fuerzas agrupadas alrededor de la izquierda democrático-revolucionaria”... (“La propuesta del FMLN: un desafío a la estrategia contrainsurgente”, entrevista de Marta Hamecker a Joaquín Villalobos, *ECA*, 1989, 485, pp. 214-215).

La tasa de crecimiento electoral de la izquierda desde su primera participación en las elecciones en la década de los ochenta, tras su reinserción en el sistema político legal, ha sido impresionante, al pasar del 3.8 por ciento de los votos válidos en 1989, al 12.2 por ciento en 1991 y saltar luego al 25 por ciento en las elecciones recién pasadas. Ninguna otra fuerza política pasada o reciente en la historia de El Salvador ha mostrado tal dinámica de crecimiento de votos.

No cabe duda de que, con sus 331,629 votos obtenidos el 20 de marzo, y los 378,980 recolectados el 24 de abril, la Coalición de izquierda mostró una capacidad de convocatoria mucho mayor que la que la derecha le concedía. Empero, tal acopio de votos fue bastante menor que lo que la propia izquierda se autoatribuía y obviamente resulta modesto si se considera que el FMLN ha



sido el mayor organizador de masas en toda la historia política de El Salvador.

Las valoraciones arriba citadas fueron formuladas por Joaquín Villalobos hace un lustro, pero a pesar del tiempo transcurrido y de las discrepancias en el interior del FMLN, no hay razones para sospechar que la dirigencia del Frente no emprendiera su campaña electoral con la convicción de infligir a ARENA una derrota inapelable. Vista desde la pretensión de ARENA de triunfar en la primera ronda presidencial, la estrategia electoral del FMLN fue ciertamente exitosa; no obstante, vista desde su propia pretensión de vencer en primera vuelta, el fracaso de la Coalición fue clamoroso.

Es inverosímil que el FMLN no se haya propuesto como objetivo en primera instancia ganar en la primera ronda, e incluso que no hubiera abrigado expectativas para lograrlo con una victoria holgada sobre ARENA. Sólo *a posteriori*, a la vista de los resultados de la primera vuelta, la Coalición habría reformulado en segunda instancia, de cara a sus necesidades de propaganda, el significado estratégico de la primera vuelta, afirmando que su intención original era simplemente forzar a



ARENA a una segunda ronda de votaciones. El manejo de esta coyuntura electoral por parte del FMLN no deja de guardar cierta analogía con el manejo político que hizo respecto de su ofensiva militar del 10 de enero de 1981, que en un principio propagandizó como "final", convencido de que triunfaría sobre las fuerzas militares de la junta militar, pero que luego redefinió como "general", cuando se vio incapacitado para definir militarmente aquel *impasse*.

Diversos factores habrían concurrido para explicar el desempeño electoral del FMLN. Quisiéramos abordar algunos de los que nos parecen más relevantes.

Ante todo, debe destacarse el atávico espíritu de divisionismo prevaleciente en la izquierda, el cual afectó el desempeño de la coalición a todo lo largo de la campaña, con repercusiones estratégicas y tácticas más o menos graves, tanto en términos de imagen como en términos de efectividad organizativa y logística. A título de ejemplos pueden citarse la descabellada pretensión inicial del MNR de lanzarse con fórmula propia a la contienda por la presidencia y por las alcaldías, las discrepancias que impidieron a Convergencia ponerse de acuerdo para inscribir a tiempo a su planilla de diputados en la plancha nacional, los intercambios verbales entre Mario Aguiñada Carranza y Shafiq Handal, etc.

En algunos casos, las desavenencias no pasaron a más, aparte de añadir tintas negras a la imagen de la izquierda ante la opinión pública. En otros casos, fueron corregidas a tiempo, tal como lo hizo el MNR al retirar la candidatura de Víctor Valle a la presidencia y unirse a la Coalición, maniobra que quizá le permita sobrevivir legalmente como partido, puesto que fue incapaz de alcanzar por su propia cuenta, en las elecciones legislativas y municipales, el uno por ciento de votos válidos requerido por la ley electoral para que un partido no pierda su estatuto legal.

También hubo casos en que los errores cometidos afectaron a organizaciones específicas, pero no la correlación general de fuerzas de la izquierda frente a la derecha. Por ejemplo, Convergencia Democrática perdió un diputado al no haber ins-

crito su planilla para la plancha nacional, pero ese diputado lo ganó el FMLN, de modo que la Coalición de izquierda hubiera, en cualquier caso, obtenido los 22 escaños que de hecho consiguió (de haber sido inscrita la planilla de Convergencia, el FMLN habría conseguido 20 curules, mientras que Convergencia habría incrementado su presencia parlamentaria a 2 diputados).

Entre los errores estratégicos de mayores consecuencias habría que incluir los derivados de la inconsistente política de alianzas ejecutada por la Coalición, los cuales habrían afectado sobre todo la cuota de escaños legislativos y de alcaldías ganados por la izquierda. Así, la mera suma aritmética de los votos obtenidos por cada partido en la elección para la asamblea legislativa arroja que, si el FMLN y Convergencia hubiesen ido en coalición en Santa Ana, habrían obtenido otro diputado más en dicho departamento, a costillas del que ganó el Partido de Conciliación Nacional. Si el FMLN, Convergencia y MNR se hubiesen coaligado en Cabañas, habrían obtenido también un diputado en ese departamento, en lugar del ganado por el Partido Demócrata Cristiano. En ese hipotético escenario, una coalición de izquierda habría alcanzado un total de 24 diputados a nivel nacional.

Cabría imaginar otro escenario aún más halagüeño para la izquierda. Si asumimos la hipótesis de que las irregularidades observadas el 20 de marzo afectaron en mayor medida a los partidos de izquierda, y asumimos también, a continuación, el doble supuesto de que tales irregularidades no hubieran ocurrido y de que la izquierda hubiese participado coaligada en las elecciones legislativas, no habría sido difícil que tal coalición ganara otro diputado más en La Libertad, en lugar de uno de los conseguidos por ARENA, y uno en La Unión, también a costillas de ARENA. En conjunto, una mejor estrategia de alianzas, aunada a una organización más transparente de los comicios, podría quizá haberle permitido a la izquierda ganar un total de 26 diputados. En este último escenario, ARENA habría obtenido solamente 37 diputados; el Partido Demócrata Cristiano, 17; el Partido de Conciliación Nacional, 3; y el Movimiento de Unidad, 1.

Por otro lado, las consecuencias que se han seguido de los errores estratégicos de la Coalición no han sido totalmente negativas. Por ejemplo, la decisión de Convergencia Democrática y del MNR de desligarse del FMLN para concurrir con sus propios emblemas a las elecciones legislativas y municipales, decisión que en su momento pareció un grave desatino, ha tenido, vista en retrospectiva, el beneficioso efecto de permitir cuantificar con alguna mínima precisión la fuerza propia de cada uno de los integrantes de la Coalición, mostrando claramente la hegemonía del FMLN en su interior. A la vista de los magros resultados obtenidos por Convergencia a nivel legislativo, parece plausible suponer que el grueso de los votos que ésta obtuvo en las elecciones legislativas de 1991 provenía más bien de simpatizantes del FMLN que de la propia base social de Convergencia.

En relación a este punto específico de la correlación de fuerzas en el interior de la Coalición de izquierda, sin embargo, no habría que perder de vista los sesgos que en la distribución de escaños legislativos introduce el sistema vigente de representación proporcional por circunscripciones electorales (en el caso salvadoreño, por departamentos). Si en las elecciones legislativas de 1991 tal sistema benefició a ARENA, al Partido Demócrata Cristiano y al Partido de Conciliación Nacional, en esta ocasión, los partidos más favorecidos fueron el FMLN y el Partido Demócrata Cristiano, seguidos de ARENA.

Bajo un sistema de representación proporcional pura a nivel nacional, el FMLN habría obtenido únicamente 18 diputados, esto es, 3 menos que los 21 que efectivamente consiguió, mientras que el Partido Demócrata Cristiano habría alcanzado solamente 15, 3 menos también que los 18 que de hecho obtuvo. ARENA habría conseguido 38, uno menos que los 39 obtenidos. En contrapartida, el partido más perjudicado habría sido Convergencia Democrática, que pudo haber obtenido 4 diputados, mientras que sólo consiguió uno. Dicho sea de paso, también resultaron perjudicados el Partido de Conciliación Nacional, que pudo haber obtenido 5 diputados, esto es, uno más que los 4 que de hecho consiguió, y el Movimiento de Unidad,

que pudo haber obtenido 2 diputados, esto es, otro adicional al único que consiguió. Por su parte, tanto el Movimiento Auténtico Cristiano como el Movimiento de Solidaridad Nacional, que no obtuvieron ningún diputado, podrían haber conseguido al menos uno cada uno.

El FMLN perdió la batalla electoral porque no supo ganar la guerra ideológica. Tal como lo apuntábamos más arriba, la campaña electoral consistió, en lo fundamental, en una guerra publicitaria, llevada a cabo en los medios de comunicación más que en las giras de campaña, en las concentraciones de plaza o en el contacto casa por casa con el electorado. La campaña no fue ocasión para el debate ideológico, el cual fue sustituido por el *spot* publicitario, un terreno donde ARENA disponía de clara superioridad. A ello contribuyó, sin duda, el temor cervical del Dr. Calderón Sol a debatir con Rubén Zamora, pero también el hecho de que la Coalición no supiera hallar la estrategia adecuada para forzar a ARENA al debate, para hacer de la campaña ocasión para la discusión de los problemas fundamentales del país, más allá de las urgencias inmediatistas de la propaganda.

No fue sometido a debate, en particular, un programa socio-económico coherente, realista y viable para construir una nueva sociedad. Más aún, la noción misma de una nueva sociedad pareció esfumarse en los planteamientos de la coalición y ceder a la lógica discursiva impuesta por ARENA. La izquierda tampoco se atrevió a escarbar en la memoria histórica del país. No quiso desentrañar y ventilar públicamente las raíces de la injusticia estructural y de la represión institucional que desencadenaron el conflicto bélico, temerosa de que las acusaciones de ARENA contra el "terrorismo" del FMLN se impusieran sobre las acusaciones de la izquierda contra la tradición escuadroneira y antidemocrática de dicho partido.

La verdad es que la correlación de fuerzas en el terreno ideológico adolecía de una tremenda asimetría. Pese a la millonaria inversión que el FMLN realizó en su campaña, no tuvo nunca capacidad objetiva para desarraigar en escasas semanas los estereotipos inducidos en la conciencia colectiva por largos años de intenso bombardeo ideológico. En realidad, la derecha inició su cam-

pañía electoral en contra del FMLN con más de una década de ventaja.

También el FMLN ha tenido responsabilidad grande en su propia demonización, al haber avalado en numerosas oportunidades con prácticas estrictamente terroristas o rayanas en el terrorismo, los estereotipos con que la propaganda dominante lo ha estigmatizado por años. Los magros resultados obtenidos por la izquierda el 20 de marzo y el 24 de abril pueden interpretarse, en este sentido, como la factura política que el electorado pasó al FMLN por todos los paros al transporte, el sabotaje de la energía eléctrica, el dinamitado de puentes, los ametrallamientos de ganado, las quemas de cosechas, los atentados por medio de coches-bomba, etc., ejecutados a lo largo del conflicto. De acuerdo a esta interpretación, no es casual que fuera en las zonas más golpeadas por el conflicto, particularmente en el oriente del país, donde la izquierda obtuvo menores porcentajes de votos, en contraste con su mejor posición relativa en el centro y occidente del país, donde los efectos del sabotaje guerrillero se hicieron sentir con menor severidad.

Dos datos adicionales pueden citarse en favor de esta interpretación: (a) el escaso número de alcaldías obtenidas por el FMLN (Nejapa y El Paisnal, en San Salvador; Arcatao, Las Vueltas, San José Las Flores y San Antonio Los Ranchos, en Chalatenango; Jocoaitique, Meanguera, Arambala, El Rosario y Perquín, en Morazán; Tecoluca, en San Vicente; y Cinquera, en Cabañas) o por la coalición FMLN-Convergencia Democrática (Suchitoto, en Cuscatlán; y San Esteban Catarina, en San Vicente) o por la coalición FMLN-Convergencia Democrática-Movimiento Nacional Revolucionario (Panchimalco, en San Salvador), frente a 30 alcaldías ganadas por la democracia cristiana (casi el doble que las de la izquierda); y (b) la superioridad en términos de votos del Partido Demócrata Cristiano sobre el FMLN en la mayor parte del interior del país.

Es significativo que, pese a haber sido relegada a tercera fuerza electoral a nivel nacional, la democracia cristiana haya superado al FMLN en nueve departamentos del país (San Miguel, Usulután, Morazán, La Unión, Cabañas, Ahua-

chapán, La Paz, Sonsonate y Chalatenango), mientras que en San Vicente el FMLN haya superado por unas pocas decenas de votos a dicho partido (de acuerdo a los resultados oficiales de las elecciones para diputados, que permiten desagregar los votos de la Coalición de izquierda entre sus tres partidos integrantes). Solamente en San Salvador y La Libertad, el FMLN alcanzó un margen holgado sobre el Partido Demócrata Cristiano, lo cual le permitió precisamente a la izquierda obtener el grueso de la ventaja que de hecho logró a nivel nacional sobre la democracia cristiana.

Un cuarto factor, estrechamente ligado a los dos anteriores, lo constituye el hecho de que la Coalición no supiera y, o pudiera inspirar credibilidad en su oferta política. A despecho de la voluntad de Zamora para generar consenso con todos los sectores del país, es difícil creer que la gran empresa privada pudiera sentirse a gusto con un gobierno de izquierda. En cuanto a administrar con una mínima eficiencia la economía, mantener la estabilidad de las grandes variables macroeconómicas, garantizar un clima de "seguridad jurídica" para la inversión, negociar la deuda externa con los organismos financieros internacionales, ningún partido estaría más capacitado que ARENA.

A esta luz resulta claro, visto retrospectivamente, que la propuesta de una amplia alianza de la izquierda con el Partido Demócrata Cristiano en torno a la candidatura de Abraham Rodríguez, tal como lo sugirió la Expresión Renovadora del Pueblo (ERP), habría tenido mayor capacidad de convocatoria electoral que la fórmula presidencial Zamora-Lima que finalmente impulsó la Coalición.

### **Consideraciones prospectivas: después de ARENA, el diluvio**

La consolidación de ARENA como primera fuerza política del país, tras un paulatino proceso de relativa modernización partidaria y moderación ideológica, constituye un fenómeno sociológico y político sorprendente, sin precedentes en la historia de El Salvador. Con ARENA, la burguesía no sólo ha logrado acceder *in propria persona* al control del Estado salvadoreño, sino que ha logrado



articular un proyecto político cuya hegemonía parece sólidamente afincada tanto a nivel de la superestructura política, jurídica e ideológica como de la base económica del país. Muy torpe tendría que ser la gestión de Calderón Sol para dilapidar en cinco años el considerable capital político que le ha legado el gobierno de Cristiani. Si ARENA sabe continuar administrando sus tensiones internas como lo ha logrado hacer hasta la fecha, y consigue, si no incrementar, al menos mantener los logros alcanzados por la gestión de Cristiani en materia de estabilidad macroeconómica, no es descabellado pensar en un nuevo mandato presidencial de ARENA por cinco años más a partir de 1999.

Dados los reajustes que parecen estarse dando al interior del FMLN y del Partido Demócrata Cristiano tras el evento electoral, no es anticipable que ninguna de estas fuerzas esté en condiciones para plantear un serio desafío a ARENA en el mediano plazo, a menos que logran articular una amplia política de alianzas y, u ocurriera un acontecimiento que alterara sustancialmente la actual dinámica del proceso salvadoreño (por ejemplo, un descalabro de la situación económica, que la oposición supiera canalizar políticamente).

La eventualidad de una alternativa viable de recambio desde el interior del sistema de partidos es altamente improbable, tanto por parte del Partido Demócrata Cristiano como del FMLN, que serían las dos fuerzas con más posibilidades teóricas para lograrlo.

La decadencia política de la democracia cristiana es evidente, aun considerando el caudal electoral que logró acumular en las elecciones generales. Por razones coyunturales, el Partido Demócrata Cristiano pudo gozar en algún momento del apoyo mayoritario del electorado salvadoreño en la medida que logró presentarse como una opción de centro entre dos extremas, pero esta identidad, a la postre, se ha revelado como mera apariencia. En un escenario en el cual, tras la incorporación del

FMLN al sistema de partidos, el espectro político tiende a ser cada vez más bipolar, reflejando la contradicción fundamental que estuvo en la base del conflicto entre el proyecto insurgente del FMLN y el proyecto contrainsurgente de la derecha, el Partido Demócrata Cristiano ha pasado por fin a ocupar el lugar terciario que su indefinición política merecía desde hace mucho.

La izquierda también enfrenta una situación difícil, no sólo por las rencillas intestinas que la han desgarrado secularmente y que tras las elecciones se han exacerbado, sino también por el nuevo escenario socio-político en el cual debe llevar adelante cualquier proyecto político que pretenda, un escenario sometido a la dinámica de los votos y del mercado.

Desde su incorporación a la "democracia representativa", no se ha escuchado de parte de la izquierda ningún cuestionamiento serio de las presuntas virtudes del mercado (su inequidad atávica para distribuir el producto, sus ineficiencias para asignar los recursos, su irracionalidad para determinar los volúmenes y estructuras de la producción, etc.). Hasta cierto punto, tal comportamiento resulta comprensible, dado que la izquierda no acaba de recuperarse de la experiencia traumática que le ha supuesto el estrepitoso derrumbe de las economías centralmente planificadas en el este de



Europa, la experiencia más cercana del fracaso sandinista y el creciente aislamiento del régimen cubano en la comunidad internacional.

Hay un complejo de inferioridad, una actitud vergonzante de la izquierda, que hace todavía más fácil el predominio ideológico de la derecha. El panorama parece aún más sombrío si se toma en cuenta que tampoco en el interior de la sociedad civil se visualizan proyectos alternativos de amplio consenso que al menos presenten un esbozo de lo que podría ser la nueva sociedad que se pretende para El Salvador (piénsese, por ejemplo, en el descrédito y, o declive de instancias sindicales como la UNTS o la UNOC, o de iniciativas como el Comité Permanente del Debate Nacional por la Paz).

Ciertamente, parece difícil implementar en el marco de una economía de mercado el ideario de

una sociedad más equitativa pero, si ello no se logra, la democracia se revelará tarde o temprano como lo que ha sido por tantos años en El Salvador y continúa siéndolo en buena medida, una democracia de fachada. Más allá de la problemática de redefinir la identidad de la izquierda en la nueva fase del proceso, e incluso de la cuestión de si la nomenclatura misma de derecha-izquierda tiene viabilidad en el largo plazo, ningún proyecto que pretenda ser realmente democrático puede soslayar las exigencias de justicia social que han inspirado la lucha histórica de la izquierda salvadoreña por varias décadas.

ARENA tiene buenas probabilidades para conducir al país hacia el advenimiento del siglo XXI, pero si su proyecto político no resuelve esa grave cuestión de la justicia social, la tormenta de un nuevo conflicto sobrevendrá tarde o temprano sobre El Salvador.

**Cuadro 1**  
**Resultados electorales por partido (1982-1994)**

Partidos	1982	1984	1985	1988	1989	1991	1994
ARENA	402,304	376,917	286,665	447,696	505,370	466,091	651,632
FMLN-CD-MNR							331,629
CD				35,642	127,855		
UDN						28,206	
PDC	546,218	549,727	505,338	326,716	338,369	294,029	215,936
MAC					9,300	33,971	10,901
MERECEN		6,645	689				
PAR			2,963	5,059	3,207		
AD	100,586	43,929	35,565	16,211	4,363	6,798	
POP	12,574	4,667	836	1,752			
PCN	261,153	244,556	80,730	78,756	38,218	94,531	70,854
PAISA		15,430	36,101	19,609			
Liberación				34,960			
UP				4,609			
PPS	39,504	24,395	16,334				
MU							31,925
MSN							13,959
Total votos válidos	1,362,339	1,266,276	965,231	930,759	939,078	11,051,481	1,326,836

Nota: Los datos de 1984 y 1994 corresponden a la primera ronda de las elecciones presidenciales.

**Cuadro 2**  
**Distribución de diputados en las elecciones legislativas del 20 de marzo de 1991**

	ARENA	FMLN	CD	PDC	PCN	MU	Total
San Salvador	7	5	1	2	1	—	16
Santa Ana	3	1	—	1	1	—	6
San Miguel	2	1	—	1	1	—	5
La Libertad	3	1	—	1	—	—	5
Usulután	2	1	—	1	—	—	4
sonsonate	2	1	—	1	—	—	4
La Unión	2	—	—	1	—	—	3
La Paz	1	1	—	1	—	—	3
Chalatenango	1	1	—	1	—	—	3
Cuscatlán	2	1	—	—	—	—	3
Ahuachapán	1	1	—	1	—	—	3
Morazán	1	1	—	1	—	—	3
San Vicente	1	1	—	1	—	—	3
Cabañas	2	—	—	1	—	—	3
Plancha nacional	9	5	—	4	1	1	20
<b>Total</b>	<b>39</b>	<b>21</b>	<b>1</b>	<b>18</b>	<b>4</b>	<b>1</b>	<b>84</b>

